

Puntos sobre las íes en la literatura colombiana

Escribe: LUIS VIDALES

CUARTA Y ULTIMA PARTE

XXV — ALINDERAMIENTO IDEOLOGICO

En el último tercio del siglo pasado la contienda comtiana toma sabor agrio en nuestra literatura —en veces violento, en veces apaciguado, de conformidad con el temperamento de sus corifeos— pero de todos modos decisivo siempre, de atrincheramiento contra el reducto de la vieja guardia teológico-escolástico-cosmopolitista de nuestra cultura.

Con Salvador Camacho Roldán, positivistas son, unos más, otros menos, Santiago Pérez Triana, Juan de Dios Uribe, José María Vargas Vila, Antonio José Restrepo, Baldomero Sanín Cano, Carlos Arturo Torres; mientras que del otro lado enfilan Miguel Antonio Caro, José Joaquín Ortiz, José Manuel Marroquín, en una dicotomía que ha sido, siempre, de claridad meridiana en nuestra literatura, menos para quienes han estudiado su historia bajo el candil apagado de la formación confesionalista.

De esta promoción, de la que no es posible descontar a los líderes del olimpo radical, entre los jacobinos de tiempo completo cuyas armas políticas contra el adversario incluyen el más crudo anticlericalismo se destaca Juan de Dios Uribe (El Indio) poderoso polemista y ardiente defensor de las libertades esenciales del hombre, quien fustiga con verbo implacable a los tiranos, a los retardatarios, al clero, con vigoroso y demoledor raciocinio. Grande por su estilo, de prosodia rica y candente, frase sorprendente y metáfora original, lo es también por su irreductible carácter de combatiente agresivo, sin concesión ni eufemismos. Su cátedra aún se alza ante el pueblo. No son pocas las gentes que se saben de memoria sus catilinarias, discursos y arengas. Circulan por el país varios libros con parte de su producción, entre los que debe nombrarse a *Somatén*, uno de los más populares. Perseguido y desterrado, muere fuera de Colombia, en 1901, a los 41 años de edad.

La literatura caldeada que distingue a esta corriente de escritores ha dado campo a la calificación de “tropicalismo” que críticos poco avisados

endilgan al modo de ser colombiano, obedeciendo con mansedumbre excesiva la vieja "teoría del medio físico". Si ellos conocieron la pausa del hombre de nuestra zona tórrida, en el andar, el acento, la parsimonia expresiva, en que la medida, el ahorro de la personalidad son casi del orden griego, irían a buscar a otras fuentes el ardor que tanto nos distingue en la lucha. En alguna ocasión Jorge Eliécer Gaitán, altísimo representante de esta cualidad de insurgencia, se dolía de la mudez estatutaria de la inmensa masa de Neiva que le escuchaba su arenga político-social, como eran las suyas, y aquellos que todos los días debían afrontar esta índole del pueblo, dijeron al líder: "Muy al contrario de lo que usted piensa, esa muchedumbre se encuentra en el más profundo delirio interior. Si no gustaran de sus palabras, ya habrían desfilado en silencio, uno por uno". Otro tanto ocurrió en Manizales, una gloriosa tarde, a Gabriel Turbay. Y cuando la reacción popular es diferente, como en la costa, ello se debe por entero a la extroversión de una gleba que por su oriundez (sociológica más que racial) se mueve tanto por el ritmo y la música del Africa recóndita como por la palabra. No cabe duda ninguna al ojo avizor, pues, que el tono engallado que nos distingue en la mayoría de las manifestaciones de la vida pública, y, desde luego, en ciertos momentos de nuestra literatura, proviene por entero de la ardentía que ha sido distintivo de nuestro desarrollo histórico. Porque no es lo mismo, en cuanto a los términos contrapuestos, calma y exaltación se refiere, ser hijo de un país de violentas contiendas, desde la cuna misma de su devenir histórico, en el que se han disputado riquezas ingentes, que serlo de otro donde la codicia ajena no encontró presa y lo dejó desde entonces amoldado a una tranquilidad aparente. Tal es la diferencia clarísima, pongamos por caso, entre Chile y Colombia. Por ello nos es imposible aceptar como sociológica toda versión sobre la violencia en Colombia que descarte la fuente primigenia en que se conformó su destino, entre otras razones porque mientras ello no se comprenda todo propósito de enmienda nos parece imposible.

Es indispensable, en consecuencia, estudiar el entorno de la vida colombiana en el último tercio del siglo pasado para comprender este período de la literatura, porque no resulta cuerdo ni establecer las separaciones que acostumbra la crítica entre entorno y literatura ni atribuir la desesperación de las expresiones de esta a la inocente "teoría del medio geográfico". "El Indio Uribe" aíra su literatura, no porque sea tropical, sino porque es un militante interesado en la lucha, y del otro lado de la trinchera le responden lo mismo. José María Vargas Vila (también desterrado) responde en su literatura, virtualmente, a idénticos determinantes, con la circunstancia de que en estas situaciones suele actuar como polarizador, a lado y lado, el "examen de conciencia" de lo que ha sido el país. Unos buscarán defender sus conquistas populares; los otros, su estructura dogmática y tradicionalista según su leal saber y entender. Y, claro, la contienda es bravía, y la literatura, de encono, se dirige hacia la demolición de todo cuanto el rol imperante considera sagrado. Y además, otra cosa: cuando en Colombia el literato proviene de la alta o de la distinguida clase social, y ello ocurre casi siempre (y muy particularmente en el caso del período que aquí se reseña) no es difícil oír en el subfondo de su literatura a quien se siente con autoridad para hablar y exponer sus razones,

lo que comúnmente se les niega (o se niegan) quienes provienen de cunas humildes, fenómeno con aspecto de vacío pero que tiene excepcional peso en un país donde las clases de arriba son las únicas que tienen derecho a hablar en voz alta.

Vargas Vila, hombre de una pieza, permanece en el ostracismo pero regresa ininterrumpidamente al país en sus libros, de los que cuenta más de un centenar, siendo por lo tanto el escritor más fecundo de toda la historia de nuestra literatura. Su nombre, no obstante la vasta difusión de su obra, es aún motivo de veto y no es infrecuente que sea pasado por alto por la crítica literaria y, desde luego, por los textos didácticos, que son trincheras de los más oscuros espíritus de la vieja transculturación, cuyo resuello subsiste.

La mayoría de sus libros, de estilo empenachado y frase arrogante, o son diatribas mortales contra los dictadores de América, novelas romántico-naturalistas u obras de pensamiento. Padeció del influjo de ciertas corrientes filosóficas que solían poner en desmedro el valor de la mujer en la sociedad (Schopenhauer y otros). Con todo, podrá ponerse en duda el valer estético de su obra, recargadamente exclamativa, lo mismo que su actitud insurgente y solitaria, de anarquismo intelectual; podrá incluso sentirse el tufo de "antropofagia" que despiden no pocas de sus páginas; pero la dinámica de su mensaje es poderosa, y el silencio de que se le rodea no ha conseguido extinguirlo. Enseñó a muchos —artesanos, literatos, políticos, gentes del fondo de las provincias— a ser revolucionarios y a mantener encendida la antorcha de la rebeldía contra las injusticias establecidas. Vastas promociones de negros de la costa del Pacífico lo tuvieron, y lo tienen, por su guía y profeta, lo que no es poco decir, a consecuencia de las ansias de libertad arremansadas desde siglos en el alma elemental de estas criaturas. Aparte de esto, ejerció apreciable influjo en elevados medios culturales de nuestra América (Gabriela Mistral le reconoce como su primera influencia).

Esta eficacia de su labor literaria en la tarea de agitar los espíritus es lo que le confiere pleno derecho a José María Vargas Vila para que se suspenda la conjura de silencio que ha venido rodeando su nombre y se haga por la crítica seria, honesta y sincera, ya que la confesional, con dicho silencio, hace recaer sobre ella la negación de estas tres cualidades, la revaluación de su obra.

Antonio José Restrepo, integrante de la corriente radical y jacobina, recorre una parábola vital mucho más larga sin desarraigarse del país, lo que le permite recibir los efluvios directos de la transformación nacional durante el tránsito de los aires de "fin de siglo" a los que pudiéramos llamar "tiempos modernos", y muere de 78 años, en 1933.

Cifra y compendio del espíritu antioqueño —chispeante, dominador, con mucho de español en su vena— parlamentario, diplomático, poeta y panfletario, entre quevedesco y rabelesiano, y a cuya cuenta intelectual es preciso agregar las sabrosas, humorísticas y en veces geniales anécdotas y frases famosas en el parlamento colombiano y en la vieja Sociedad de Naciones. Escandaliza en sus épocas mozas con poemas contra el Papa,

la Santísima Trinidad, Dios, en los que campea una intención entre filosófica y científica, muy próxima a las vertientes del positivismo empollado en América. En 1900 ve la luz el grueso tomo de sus *Poesías*, con un laudatorio prólogo del "Indio Uribe". Su desenfado se atempera con el correr de los tiempos, pero con estos también se afinan sus perfiles de Quevedo de Titiribí, y aún resuenan en el ámbito nacional e internacional sus monsergas, aprendidas en los medios de los mineros (lo fue él) y su inagotable y desabrochado ingenio, el más singular que conozca nuestro país. Ya en edad madura recoge en un libro la coplería popular de su tierra y otras regiones colombianas. Esta obra, *La copla antioqueña*, es testimonio del aclimatamiento entre nosotros de las formas populares de España (la copla gallega y la andaluza, principalmente), indicativas de que al lado de los dogmatismos que nos infiere la transculturación nos llegó también el caliente rescoldo de la hoguera popular de la poesía, de que tan rica es España, la buena.

El veterano de las letras nacionales, Baldomero Sanín Cano, quien muere recientemente, a los 98 años, conserva al través de su extensa vida, incólume, la idea central de su pensamiento, la de una razonada confianza en el porvenir del hombre. Conoció múltiples idiomas y sus *Estudios sobre lingüística* le elevaron a la categoría de un maestro filólogo en los medios más cultos de nuestros países. Por cerca de veinte años residió en Londres. De resultas de su permanente colaboración en la prensa inglesa, sus enemigos, los confesionalistas, forjaron la leyenda de que su estilo reproducía el hielo de las nieblas inglesas y, como suele ocurrir en Colombia, llegó un momento en que era común oír de todos los labios el mismo "can can", signo muy notorio de la endeble densidad cultural, donde todo mundo entra a saco en los juicios, y se los acuerpa, sin averiguar la intención, para consumo de tontos.

Diametralmente a ese criterio, nada menos flemático que su modo malicioso y picaresco de enfocar los problemas. Envolvía las más picantes alusiones en giros aparentemente inofensivos de su raciocinio. Ya no era en verdad el estilo "tórrido" (tórrido socialmente hablando) de un Juan de Dios Uribe o de un Vargas Vila, ni el de humorismo popular de un Antonio José Restrepo (el "Ñito" acaballado en el parlamento). Sanín Cano había llegado a las zonas serenas de la cultura, y al grito antepuso la sonrisa, al sarcasmo la sorna, sin dejar por ello de ser de la raíz del humor antioqueño. Decía, por ejemplo: "El hombre no progresa; el mundo no se transforma; la parálisis de la tradición es la ley universal y ejemplar de los pueblos". Y luego concluía: "Si estos postulados fueran exactos, tal autor (o tal personaje) sería el más connotado genio de la especie humana".

En *La civilización manual y otros ensayos*, *Estudios sobre lingüística*, *El humanismo y el progreso del hombre*, *Letras colombianas*, en obras de comentarios, enfoques culturales, ensayos, estudios, artículos y notas de prensa sobre los más variados acontecimientos del mundo actual, se encuentra lo medular de su obra de pensador, la que en más de una ocasión ha sido comparada con la del gran mexicano Alfonso Reyes. Pero si Reyes penetraba con mayor sentido de profundidad en las culturas, especialmen-

te en las antiguas, aunque no siempre con certera interpretación. Sanín Cano mostraba un ánimo más universal, en extensión, frente al mundo vivo y actuante de nuestros días en tanto que actor interesado, que reposado combatiente, que mentalidad constantemente renovada al compás de las ideas más nuevas. Así, mientras Reyes permaneció absorbido por el mundo de la cultura, Sanín se encontraba, por decirlo así, más en la calle, en la redacción del diario, en el mundo externo que en la biblioteca. Acaso Reyes fuese un cultor más acendrado; pero Sanín era incomparable como dispensador de comprensión humana, de optimismo por la suerte del hombre, en tanto que típico escritor comprometido, en el mejor sentido de esta palabra. Dio a conocer a Brandes en el mundo español y por muchos años difundió y comentó su obra, la que consideraba de valor capital. Colaborador literario de la prensa inglesa, española, argentina y colombiana, su nombre ganó dilatada resonancia, especialmente en América Latina, donde se le tiene por uno de los grandes filólogos de esta parte del mundo.

Uno de los signos más definidores del camino que en nuestros países toman las nuevas ideas filosóficas imperantes en el mundo, es el de verse en la estricta esfera del ejercicio político, tal como acaba de indicarse con referencia al positivismo de Comte, lo que no deja de ser explicable por cuanto faltan la persistencia y densidad cultural requeridas para la función autónoma del pensamiento. Tal es el tributo de los pueblos no maduros. De ahí, justamente, que la categoría intelectual a la que se ha convenido designar con el nombre de "pensador" no exista o escasee entre nosotros. Solo en determinados períodos, como el que estamos reseñando, cuando las aguas turbulentas de la situación y con estas las de la literatura tienden a bajar de codos (Antonio José Restrepo, Sanín Cano) el reposo del pensamiento intenta cristalizar en ese tipo del "pensador". Carlos Arturo Torres parece representar ese singularismo de la literatura colombiana, en un momento dado del entorno social, en que el escritor se recoge en la meditación desinteresada y se lanza, con profundidad, a la indagación de la índole propia de la nación. Tan interesante fenómeno es quizás aquello que le da más solvencia a *Idola Fori*, la obra de Torres prologada por José Enrique Rodó (otro ejemplo, en el austro, de esta disposición) en la cual analiza precisamente el trasplante de ideas al medio americano, acaso con algún exceso de circunspección pero, de todas maneras, con la intención ética de señalar y enmendar nuestros vicios de inmadurez, tal como aquel del gusto por lo lejano y exótico y, en general, por la vida de prestado, que tanto abunda en nuestros países. Sobre esta inmadurez sociológica dejó páginas hondas y no hay duda de que fue escudriñadoramente incisivo en el análisis de este amor por lo extranjero de que están recargados los medios sociales y culturales (y ni qué decir económicos) latinoamericanos y que es, decimos nosotros, gaje de la dependencia.

Aspecto de la obra de Torres que debe traerse al plano objetivo es el de la sobriedad de su estilo, casi de ascetismo científico (quizás —se nos ocurre pensar— por el corte de un Stendhal) debido a la insistencia que bulle en el seno de las expresiones literarias en Colombia, en el sentido de atribuir la bondad de una obra a la abundancia verbal, la lexicografía inusual, la adjetivación reiterada. El colombiano está convencido, por pé-

simo cálculo mental, que si acompaña su idea con uno o varios adjetivos vibrantes, su raciocinio es más contundente, de donde resulta cierta clase de "infantilismo literario", el que en más de una ocasión he leído y oído enrostrársenos, cuando no se saca a relucir, a nuestra costa, la peyorativa calificación de "tropicalismo", de que ya hemos hablado. Pero aquí lo importante es comprender, para el buen uso, que también son abundantes las formas de expresión magra que actúan en el seno y en la presencia pública de la vida colombiana, y que tanto estas, como las exuberancias de todo género, vienen adheridas, como la clara al huevo, al modo mismo de nuestro desenvolvimiento histórico. A Carlos Arturo Torres, pues, no se le puede tomar sino como un representante auténtico, culminado, de esa gran corriente de sobriedad que alienta en nuestra respiración colectiva de pueblo, al lado de las deyecciones de la inmadurez. En su libro *Literatura de ideas* puede ser estudiada esta disposición, no solo por cuanto dice relación al estilo, sino por el criterio que informa su crítica literaria, y lo mismo puede decirse acerca de su drama teatral *El tirano Lope de Aguirre* y su *Obra poética*. Y no disuena esta cualidad suya, de pensador, en el poema *La Abadía de Westminster*, en el que a la vez loa la civilización inglesa y se duele del sojuzgamiento de Irlanda, al través de los episodios que le correspondió presenciar en su época de cónsul en Liverpool, por cuanto aquí mismo fácil es advertir que su preocupación sigue siendo Colombia. Publica además *Poemas dramáticos* y *Poemas fantásticos* y *Estudios ingleses*. Funda *El Impulso*, *El Republicano*, *La Crónica*, *La Opinión Pública* y *El Nuevo Tiempo*, que pasa después a Ismael Enrique Arciniegas. Su obra de juventud, *Eleonora*, representa uno de los últimos estertores del romanticismo en el país.

XXVI — EL NUEVO INFLUJO FORANEO

Los cultivadores de la crítica literaria en Colombia, lo repetimos, suelen hacer caso omiso de los factores del entorno, tal como si estos no contaran para nada en la creación del intelecto, en la vida de los escritores y, por ende, en la historia de la literatura. Este punto de vista, a nuestro entender, es equivocado. No comprendemos, por ejemplo, cómo es posible estudiar y analizar la obra de un Julio Flórez o de un José Asunción Silva esquivando el peso específico de la vida general de la comunidad colombiana, en el período en que se forja su inspiración. Nos es imposible dejar de observar el languidecimiento de la penetración inglesa, con la clausura del ciclo minero, tal como acaeciera en todos nuestros países, coetáneamente con los despuntes de la nueva política de los Estados Unidos sobre el continente. Esta nueva tintura de la atmósfera americana es particularmente decidora en Colombia, no solo por haber sido ella preludeo de la pérdida de Panamá, sino porque entonces se presenta un agudo reforzamiento de la voluntad feudataria del país y, con ello, una profunda crisis política —y desde luego económica— que se resuelve en el relevo de los partidos políticos en el poder, cuando el presidente liberal Rafael Núñez, en 1886, entrega el mando de la nación al partido contrario. En el fondo —y en la haz— el país pasa a manos del estado mayor intelectual que representa el aspecto retardatario de la tradición nacional. Una pronunciada crisis económica, la quiebra de la libertad, la represión

oficial y los conatos de subversión del orden, todo se conjuga para crear una atmósfera de intenso malestar en el país. Fracasa un intento de revolución, lo que no hace más que ahondar el desasosiego social. Una ola de relegaciones y destierros viene a agregarse al fondo de esta situación, en la que todo (y muchos) saltan fuera del rol corriente de la vida. Y en tanto se prepara la nueva revolución, la de 1899 o "guerra de los mil días" (otro fracaso de los abanderados de la libertad) los signos de abatimiento, derrota y tristeza se apoderan del ambiente social, con incontrastable poder negativo.

Ahora bien. Nosotros preguntamos: ¿No es esto mismo, exactamente, lo que aparece expresado en la lírica de Julio Flórez, y lo que a la vez explica la vasta ola de popularidad de que goza, desde el primer momento de su aparición, esta poesía en Colombia? Languideciente, dolorido, quejumbroso, el poeta canta el cansancio y la inutilidad de la vida. Los osarios, los cementerios, las calaveras, los rincones oscuros en que la araña teje su tela, los estados melancólicos del alma, la desesperación, la decepción amorosa, todo, en fin, cuanto conduce al pesimismo de la existencia tiene en Flórez a un robusto y fácil cantor, de poderosa inspiración y "canto de pecho abierto", según la expresión cara a Cremieux. Es un grande poeta, desde luego, pero no logra superar los signos adversos del tiempo. Poeta de la tristeza nacional, lo es también de lo peor del gusto nacional. No obstante, algunos de los ángulos de su visión lírica son sorprendentes de adivinaciones. Su soneto *Yo no soy yo*, máximo símbolo de esa desesperanza nacional, es una de las joyas de la poesía colombiana de todos los tiempos:

"Algo se muere en mí todos los días.

Del tiempo en la insonora catarata

la hora que se aleja me arrebat

salud, amor, ensueños y alegrías.

Y al evocar las ilusiones mías

pienso: "Yo no soy yo". ¿Por qué insensata

la misma vida con su soplo mata

mi antiguo ser, tras lentas agonías?

Soy un extraño ante mis propios ojos;

un nuevo soñador; un peregrino

que ayer pisaba flores y hoy abrojos.

Y a cada instante es tal mi desconcierto,

que ante mi muerte próxima imagino

que muchas veces en la vida he muerto".

Poeta de esas mismas circunstancias, José Asunción Silva, temperamento fino y alquitarado, casi como una "flor de invernadero", dará otro timbre metálico a su voz lírica, equipado en la lectura de Poe, Baudelaire, los parnasianos, Verlaine, Anatole France, Gabriel D'Annunzio, lo mismo

que de algunos filósofos, tales como Schopenhauer. En vez de quedarse en los temas vulgares, al rasero del gusto y de las preocupaciones corrientes, asciende a una zona solemne de cultura y de estética, desde la cual ejerce señorío lírico, antes de que Darío levante su cornamusa potente un poco más hacia el norte de América.

Miguel de Unamuno, en el prólogo de sus *Poesías*, aprehende el "aire" en que se mueve este poeta, que es lo fundamental en él y en todo cantor, alejándolo un tanto de la reiterada actitud infantil de la gente, y de los críticos, que consiste en seleccionar un poema o unos pocos y dejar la "entidad poética" del autor para que se la coman los buitres. Es claro que de los *Nocturnos*, el tercero ha obtenido universalización más visible, pero tanto ellos como *El día de difuntos* son expresivos de una de las venas más características de su inspiración: la del tono elegíaco, del que no es difícil escuchar el acento de *Las campanas* y *El cuervo*, de Poe, lo que no disminuye, a diferencia de lo que cree la crítica silenciosa, sino que antes bien acrecienta su mérito, por aquello de que en cultura "dime de dónde procedes y te diré quién eres". Lo que debe observarse como dorsal es que al través de estas sugerencias la capacidad creadora del poeta logra cerner, con el hondo instrumento de la emoción, el universo de la propia Sabana de Bogotá, no como lo haría un pintor de motivos, sino en las notaciones sensibles (rumores, susurros, ruidos, sombras, luna) en tanto que elementos alquitarados en un determinado sentido de la muerte y la vida del ser. Y, en *El día de difuntos*, el trazo certero de una ciudad conventual, nuestra, cuya atmósfera de nostalgia y recuerdo de los que se fueron solo es capaz de sentir hasta el tuétano y elevar a la categoría de obra de arte un verdadero poeta. Casos como el de las *Coplas a la muerte de mi padre*, de Jorge Manrique y el conocido poema del poeta del Yemen, o el de *La divina comedia* y Virgilio (para no hacer larga la lista) son valederos para indicar los caminos a veces secretos por los que discurre la creación, hasta ascender a la única categoría conocida: la de la obra de arte, de la que se hurtan las complacencias del "más o menos", puesto que ella es o no es, y no más.

Hay en Silva una ternura por las cosas de otro tiempo (*Vejeces*) o por aquellas que nos rodean, a las que hace hablar con lenguas de lírica fina y con las cuales dialoga, en ocasiones con intención trascendente. Un ejemplo al menos nos dejó de la eficacia de algunos sencillos ritmos de cuna, en *Los maderos de San Juan*. Pero lo que sí puede considerarse como una tendencia de su obra —y de su personalidad— es aquello que se hace universo en las *Gotas amargas*. Las *Gotas amargas*, tan diferentes y aun opuestas a su gran acento elegíaco, en las que alternan los sueños idealistas del ser con la caída a un mundo brutal, en las que palpita el humor de que está entrapada la vida, algo que trasciende de un Heine o un Schopenhauer, pueden reputarse como de lo mejor de su estro y de lo más definidor de su personalidad, aparte de que trata de sentirse allí la fuente fecundante de algunos de nuestros poetas posteriores a él, particular y significativamente un Luis C. López, si bien es cierto que el humorismo en este es externo y nunca llegó a la hondura filosófica trágico-cómica del bogotano. En *Gotas amargas* el poeta habla sobre la igualdad del hombre, en tanto que tal, en todas las latitudes; del hambre como ge-

neradora de la tristeza; de los espermatozoides; de los estados de la mujer (de soltera y casada) puesto que esta vena del poeta cubre todos estos motivos, con un ahilado materialismo lírico que, de otra parte, sirve para penetrar en el verdadero sentido de sus propios *Nocturnos*, que no pocas veces han sido calificados de “metafísicos”.

La obra de Silva y su destino de hombre no pueden ser considerados independientemente del entorno en que una y otro alentaron. Cuesta mucho trabajo aceptar la versión del suicidio de un poeta de las calidades de Silva debido al atiborramiento de lecturas e ideas exóticas, a la desesperación de un comerciante en quiebra o a la salida que se encuentra a un amor —vedado o no— que se queda trunco por la muerte de la compañera, pero sin hacer la menor alusión a las circunstancias externas, de las cuales, sin embargo, vive, siente y palpita la criatura social. Esto de tomar al hombre como una entidad autónoma, en uso absolutista de su ser y su rumbo vital, sin relación chica ni grande con el avatar de la sociedad en que sin embargo se forja su existencia de todos los días, podrá ser una manera de razonar del “providencialismo” o de la filosofía que hace del “yo” el centro del universo, pero no por ello es verdad. Lo es, sí, que el entorno, con todo cuanto este quiere decir en amplitud económica, política, social, filosófica, cultural, imprime específico carácter en la personalidad, con mucha mayor razón en las almas sensibles y con muchísima más en un verdadero poeta, cuya inspiración, de una u otra manera, se nutre, no en la retórica, sino en el tramo histórico que le toca vivir. Acaso no pueda citarse un solo caso de poeta (y de gran poeta) en ninguna parte del mundo, en ninguna época, que falle a esta oriundez. Entonces, ¿a qué abajar, a qué disminuir a un poeta como Silva, infligiéndole el inmerecido “honor” de ser una excepción de esta norma? Hasta de cursi se le ha sindicado. Pero aquello que Juan Ramón Jiménez señaló como cursi en José Asunción Silva, descontado naturalmente eso de “cursi” en que viene a parar, con la vuelta del tiempo, todo estado cultural, no revela otra cosa que el absoluto desconocimiento de la situación que le tocó convivir al poeta colombiano, a la que una sensibilidad como la suya no podía sustraerse. De la salida violenta de ese cerco de angustia se conocen otros ejemplos, aún en épocas recientes, ya incorporados a la historia de nuestro país. Aparte de esto, ¿alguien ha notado ese inequívoco aroma de cursilería que comienza a trascender de la poesía de Juan Ramón Jiménez?

XXVII — GUILLERMO VALENCIA

A partir de la revolución industrial inglesa, pese a su descalabro, el auge maquinístico se hace impetuoso en el mundo desarrollado con las nuevas aplicaciones de la técnica. La máquina perfeccionada moderna hace impacto sorprendente en la sociedad. Si en el albor de su avance puede tener alguna operancia el movimiento *ludista*, que se lanza a la desafortada destrucción de los novísimos monstruos de acero, sustitutos del empleo del hombre, el ambiente creado por la multiplicación y perfección de artefactos llega a tal acumulación en el mundo de las sugerencias y de las esperanzas que por mucho tiempo se afirma la idea, en los medios diri-

gentes y sus respectivos ideólogos, de que la máquina, en tanto que sustitución del pesado trabajo del hombre, abriría para el más próximo devenir algo así como una especie de paraíso para la humanidad. Hay un momento en que la saturación social de esta idea de redención, en consonancia con el ininterrumpido desarrollo mecánico y, con este, del ritmo veloz del enriquecimiento del medio social, cubre, sin dejar rendija, todas las preocupaciones de la criatura mortal. Hacia finales del siglo la riqueza del mundo se ha acrecentado en forma por demás fabulosa y con la sustitución del vapor por la electricidad el capitalismo parte hacia una nueva y singular aventura, tal como discurre, sueña y medita el Niño Dios en el vientre de la Virgen María.

Puede decirse, sin ser desmentido, que no hay entonces expresión literaria o artística que no esté teñida de esta espectacular riqueza del medio social. No es solo el neo-romanticismo en la casi amplitud europea. Los parnasianos franceses, Gabriel D'Annunzio en Italia, nada en la cultura se escapa de esta atmósfera de lujo y opulencia que desemboca en la *belle époque*, en esas alquitaraciones en que la ficción trasplanta los destinos sociales, sin que, desde luego, el propio de los verdaderos creadores haga excepción.

A estas instancias alguien responde en Colombia. Desde el fondo de la dormida Popayán, Ulises convocado por la Sirena, se incorpora al movimiento poético en que el revestimiento suntuoso de la vida (las joyas, las piedras preciosas, los tapices, los brocados, los trajes) adquiere un valor especial poético en consonancia con el hecho social, tal como siempre ha ocurrido con el destino de la palabra, y desde luego de los objetos.

Tal vez así pueda explicarse la ausencia semicompleta del encuadramiento de una "geografía poética colombiana" (geografía física y humana) en la obra de este poeta, orfebre y tallador insigne del canto, distintivo este último de tal movimiento, en cualquier latitud del mundo. Hay una deliberación de "fuga" (¿fuga del pasado indigente?) en el fondo de esta concepción poética. En José María de Heredia, ella se expresa en la resurrección alegórica (más que simbólica) del boato y la heroicidad de los modelos antiguos. En Guillermo Valencia, el payanés, ella se entrevera con el modernismo, que transfiere el gran cuadro de historia del parnasianismo a los sentimientos del ser, como otra forma de la heroicidad y el boato, pero conservando, como conserva, el peso específico de su lírica en la frialdad marmórea de la escuela parnasiana y, en todo caso, como una poesía que se desarrolla en un universo ausente, de imposible localización en el mapamundi, mucho menos en el marco físico de nuestro país. Hasta el mismo altísimo canto a Popayán parece referirse a otra ciudad, en lo que incluso influye el metro adoptado, y en cuanto a *Anarkos*, la única de sus producciones en la que la pedrería preciosa gana contenido social diferente al de la escuela, hace quizá la solitaria, magistral excepción, pero solo en cuanto a la imposibilidad de sustraer esta forma del trabajo a la modalidad de nuestro país. En su libro *Ritos*, en *Catay*, en *Job* (poema de la senectud) siempre es el mismo cincelador del verso, de señorial estirpe, mirando hacia un mundo que no es el habitual colombiano. Esta maestría se mantiene a la misma altura en sus traducciones

y en sus prosas, o más precisamente en sus discursos, muchos de los cuales son auténticamente antológicos. Parlamentario, diplomático, candidato por dos ocasiones a la presidencia del país, líder político de fácil fortuna popular, ¿qué es lo que hay en su personalidad y en su poesía que lo hace "ausente" del país, como por obra de un constante sentimiento de "fuga"?

XXVIII — CONCLUSION PROVISIONAL

Lo primero que llama la atención al revisar los estudios que se hacen en Colombia sobre su historia literaria es la tenue vinculación en que se presentan los movimientos y períodos, tanto como los autores. ¿Parte ello de una realidad o es la reproducción de la manera de pensar basada en los autonomismos de las ideas y de las cosas de que estamos imbuídos? La pregunta tiene entidad porque, de una parte, la conformación "robinsonica" del pensamiento es el producto obligado de la educación que se imparte en el país pero, de otra, es evidente que la estructura (o mejor desestructura) nacional es *sui generis*, por cuanto se sustenta más del desarrollo orgánico de otros pueblos que del suyo propio, lo que determina un tipo específico de historia, basado en el avance discontinuo y a saltos de unos aspectos en supremacía sobre otros, sin persistencia de tradición ordenada u orientada, sin ascendencia y progenie, de donde podría tomarse la idea imperante en cuantos se han acercado a estudiarla, de que la creación literaria marcha entre nosotros sin ordenación interior, produciendo aquí y acullá figuras aisladas, no pocas veces notables, pero que son una especie de "maestros" sin alumnos, por carecer de legado a las generaciones subsiguientes. ¿Es ello real? En términos latos, ¿es posible concebir la literatura de un pueblo, cualquiera sea este, como si fuera un archipiélago de obras y autores en que todo anda suelto, al garete de las relaciones que unas y otros guardan con las ideologías políticas, sociales, de formación del Estado y estructuración de la nacionalidad? La verdad, en la praxis histórica, nos dice que ello no ha sido nunca posible ni en el escudriño de la crítica literaria ni en el de ningún otro fenómeno, sea cual sea, siempre que tenga que ver con la relación entre hombres.

Pues bien. Si ello es así, como lo es, debemos profundizar mucho más de lo que hasta ahora se ha hecho en los estudios que emprendamos sobre la historia de nuestra literatura, por cuanto va en ello la comprensión de su propio carácter, de su naturaleza específica y por lo mismo de las substancias de que debe nutrirse para su vigencia renovada en el tiempo y, por supuesto, su conformación espacial.

Yo también estuve condicionado por estas viejas ideas, hijas de la cobertura educacional que nos obliga a hacer el largo camino de aprender para después emplear el resto de la vida en desaprender, y no son pocas las veces que me he atrevido a decir públicamente que nuestra literatura es de raza mular. ¡*Mea culpa!* Fue preciso que en Chile me viera tiránicamente forzado a comunicar el cómo y el cuándo de nuestra literatura, para que me adentrara a un ascético ejercicio autocrítico, encontrando en ella, con asombro infantil, no solo las dos corrientes mayores de

que en esta ojeada se da breve noticia, sino relaciones internas de precursoría a período, movimiento, grupo o corriente y de padre a hijo lo que, como sabemos, solo se da por asombro en las poblaciones mulares.

Las disociaciones de la función de pensar, notable conquista del Renacimiento, culminadas en el humanismo de entonces, y concomitantes con las disociaciones de las actividades del hombre, hasta llegar a las especializaciones de hoy, son necesarias, como lo son estas últimas. Pero de ahí no se deriva que la acumulación de resultados prácticos, partiendo de los del mundo experimental, cohiba la función universalizadora del pensamiento. Antes bien, la tendencia a un nuevo humanismo, sobre esta sólida plataforma, se está haciendo sentir, en tanto que una nueva y más integral interpretación del universo, no solo entre los mejores pensadores de hoy, sino en los centros culturales y universitarios donde se moldea actualmente la conciencia del hombre. Es un nuevo lavado de cerebro para lavar aquel que nos fue practicado en las viejas aulas y los libros sustentadores de un determinado orden de cosas, hoy muerto.

No imaginamos por qué debemos abstenernos de decir que nuestra literatura, considerada como entidad histórica, ha sido parca en escudriñar y sacar a flote el alma de nuestra gente, considerando la literatura no ya en sus expresiones confesionalistas y medievales, esto es, escolásticas, porque ello es más que natural, sino en su majestuosa y nunca cegada inclinación popular. Ello es así, pero el hacerlo no sería más que un esbozo. Es completamente claro que al escritor nuestro le falta convivir con el pueblo y posiblemente no se ha dado todavía en Colombia el caso de aquel que se desprenda de su estamento social para convivir, por años enteros, en el seno del pueblo, a fin de conocer seria y realmente los registros de su vida interior, cosa común en las literaturas de Europa. Por el contrario, el cultor de las letras, el de ayer y el de hoy, se encuentra a distancia estelar de nuestras gentes de abajo, y en esta forma es imposible la aparición de una literatura verdadera, vale decir *universal*, pues es en este sentido medular que debe hablarse de *nacionalismo* y no en el externo y "crudo" de costumbrismo o folclor. ¿O es que hay alguien opuesto a esta forma de creación? Si lo hay, que lo diga.

Y bien. Todo ello sería necesario pero no suficiente. A nuestro juicio, una literatura que no se haga cargo de la conformación del país pecaría en la creación de sus propias criaturas. Nuestro país, como todos los de nuestra misma orbitación, surgió a la historia en forma asaz peculiar, cuando los de la confederada civilización de occidente marchaban adelante, después de haber partido de formas primarias comunes. Desde entonces cargamos con el defectuoso empotramiento a esa confederación, sin haber seguido nuestros primeros pasos de pueblos originales, debido al corte brusco de la conquista y la enajenación. Es ese nuestro destino, y la dificultad de encajarnos o cotejarnos con los que van adelante, marca nuestras singladuras históricas, con el agravante de que aquello que nos trajo la conquista como instrumento para esta transculturación estaba ya muerto o era desueto en el horizonte europeo. De ahí que seamos una dispersión de elementos sociales y un marchar a trancos para llegar, muchas veces un poco más lejos, al mismo sitio. Después de conocer a un

proletario europeo, ¿podemos decir que existe ese tipo de hombre entre nosotros? ¿Qué tiene que ver la respetable pequeña-burguesía de Francia con la que podría recibir ese título entre nosotros? Aun en el tramo más alto de la escala social, el patrón europeo y el colombiano son especímenes de cultura de dos mundos distantes y diferentes, así sean iguales en la explotación, como dos gotas de agua. Nuestros sueños, nuestras ideas, nuestros pensamientos habituales, nuestros sentimientos difieren, sencillamente porque nuestros puntos de partida, es decir, el léxico de nuestras formas socio-económicas, y nuestro estilo de tradición, son diferentes. Una argamasa, algo informe, o algo que está en vía de ordenarse (y se ordenará) tal es la placenta en que se forjó nuestra historia, y de ello no puede hacer caso omiso el escritor, por cuanto esa "perturbación" sociológica (que incluye la forma correlativa de educación y de prédica) pesa en la función cerebral del colombiano. No es exagerado decir (y ello en nada arguye sobre la estimación que al compatriota guardamos) que el cerebro del colombiano es deforme en cuanto a su manera de pensar, de lo que todos los días nos da testimonio. Tanto como el país busca apropiarse todas las cosas de fuera, en su afán de conformación, el colombiano parte de un esquema mental del juicio, ya prefabricado, al que pretende subyugar las realidades externas, las que comúnmente marchan por otro lado dejándole incólume, sin el menor aprendizaje para la siguiente experiencia, en una típica vida de auto-engaño. ¿Y no es esta la misma norma de que partió la transculturación, la misma que gran parte de la cultura ha aplicado en el país, la misma del llamado humanismo y la misma, en fin, que emplea el crítico literario?

Comprendemos que nuestras características de pueblo se entrecruzan con la proximidad universalizadora de la época, haciendo del país y del hombre colombiano entidades mucho más peculiares aún, mucho más complicadas y muchísimo más difíciles de asir por una verdadera literatura humanista, pero también mucho más atractivos por lo que involucran de aventura en su propio tropezado destino.

Está lejos de nosotros la idea de una literatura que se proponga deliberadamente ser nacional, o de tesis, de intención moralista, o social, o política, o estética, o internacionalista, o el calificativo que se le ocurra al lector. Lo que nos parece es que una literatura, cualquiera sea ella y de cualquier país, debe penetrar a profundidad en la realidad operante y en las criaturas que esta recrea, cualesquiera sean las traslaciones de la ficción, convencidos como estamos de que allí encontrará las concreciones de lo nacional, de lo internacional, de lo social, de lo político, de la estética y de la ética. Y de que por tanto la crítica debe obrar en el mismo sentido, aun en la confrontación de obras y autores que difieran de esa fuente suprema de identificación. No más hacer una crítica literaria que nos haga pensar que del otro lado del espejo no hay nada. Y no más hacer una literatura que nos haga pensar en lo mismo.

Es aquí, en la crítica literaria, donde debiera aplicarse una doctrina de los valores para darle a cada cual el rango que le corresponda, dejando de lado la imprecisión, no por intencional, cómoda o insincera menos ingenua, que consiste en meter a tirios y troyanos dentro del mismo saco,

a falta del análisis concreto de cada obra y de cada autor, movimiento o escuela, corriente o grupo, para rematar con las consabidas expresiones “uno de los grandes poetas de la lírica castellana”; “uno de los más insignes escritores de América”, etc., que en realidad no dicen nada y menos aclaran.

Desembarazar la crítica literaria de los fines capciosos, de las presiones que la tergiversan y del espectáculo de insinceridad de quienes se pliegan a estas, situación que resulta muy costosa para el país, para las obras y los autores que así se hurtan al análisis, y para el mismo crítico, que compromete en ello su responsabilidad, es meta de primer orden, si es que en verdad nos interesamos por estudiarnos y conocernos y seguir adelante.

La crítica no puede desconocer que en los más señalados movimientos literarios y políticos democráticos del país se advierte una tendencia de aproximación al pueblo, como algo que se enseñorea en la historia patria. Pero al mismo tiempo se observa que las posibilidades no fueron aprovechadas ni en lo político ni en lo literario, como debían serlo. El aislamiento del político y del literato del propio manantial popular les impidió siempre encarnar —y encarar— el profundo latir de los respetables estamentos sociales de la ciudad y del campo.

Por supuesto que, como lo hemos dicho, el momento que se vive es cálida y apretadamente internacional. Hoy no es posible, como ayer, cultivar literaturas de invernadero, maduras y florecidas, en el apartado rincón de las provincias o en el remanso de los países. Este tipo de país ya no existe, y la relación de la literatura y lo internacional es un hecho tan presionante como la vinculación del destino del hombre, de cualquier hombre, con absolutamente todo lo universal. Lo importante es no perder el compás de estas referencias y hallar lo universal allí donde está depositado en su prístina esencia: *en el alma del hombre*. Es allí donde debe observarse lo que está pasando en el mundo. No fuera, lejos del ser, donde realmente no nos interesa, y donde, realmente, desde el punto de vista sociológico, no está.

Pero esta visión universal y universalizadora no tiene por qué cegar la de nuestras vicisitudes. Vivimos de un trauma histórico que repercute en el destino de cada quien. Si el autor desconoce, por ejemplo, el drama hondo del desarrollo que se está incorporando a la historia del país en el alma misma de sus criaturas, ¿es que puede concebir las de su ficción, hacerlas respirar y darles el fogueo de sueño y realidad en que parpadean en la vida diaria y en que se está plasmando la propia refracción de la historia nativa?

Claro que pudo hacerlo en el viejo país en que faltan las densidades (económica, demográfica y las demás) y en donde al vacío espacial de estas correspondía un vacío de tiempo o, en otras palabras, un ocio que permitía a la *élite* el desarrollo de la cultura para su propia especulación, ausente al pesado trasegar del hombre viviente sobre la tierra. En la actualidad no podemos decir que el país sea pequeño o poco complejo. Es una entidad nacional que bordea los veinte millones de seres y donde los

problemas de todo orden y toda envergadura se aceleran al máximo, quedando en corto número de años vastos tramos del tiempo de reposo anterior.

En síntesis, la vida espiritual es un organismo y como tal debe considerársele en sus manifestaciones. Por lo tanto, no pretendemos el anatematismo de uno de los términos de su literatura, aquel del que somos enemigos, sino de que sea expresamente señalado por la crítica sin que se guarde silencio como hasta ahora sobre él, aunque solo sea por la consideración de que toda forma material o espiritual, consta de elementos antagónicos, esto es de "unidades de contrarios". Pero, naturalmente, no nos resignamos a callar la observación de las dos siguientes grandes fallas que debe enmendar el quehacer intelectual en Colombia, antes de que podamos hablar de que hemos logrado, no dar algo nuevo al mundo (lo que debe tenernos sin cuidado) sino darnos a nosotros mismos el instrumento adecuado a nuestra propia contextura histórica: primero, hallar en la gente viviente y en el "hacer" de la propia historia el manantial de la función literaria; y segundo, hacer el escrutinio severo de cuanto hemos sido como nación y como lengua escrita, a la luz de ese primer punto. La filosofía nos ha tenido acostumbrados a los dos compartimientos estancos de: la realidad como "externidad", y el hombre como "internidad". Pero esa "externidad", ese "universo inconsciente" de que hablaba Pascal, excita nuestra duda (duda cartesiana, a la postre). Hoy, cuando inmensos contingentes de la realidad "hablan", "se expresan", "discurren", "razonan", la literatura que de ellos hace caso omiso es falaz. ¿No es cierto, entonces, que debemos poner los puntos sobre las íes en la historia de nuestra literatura?